

V. S. ALEXANDER

LA TRAIIDORA

Traducción de Nancy Alejandra Tapia Silva

 Planeta Internacional

Título original: *The Traitor*

© 2020, Michael Meeske

Publicado por primera vez en inglés por Kensington Publishing Corp.

Derechos de traducción negociados por Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Derechos reservados

Traducción: Nancy Alejandra Tapia Silva

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Estudio La fe ciega / Domingo Martínez

Fotografía del autor: Cortesía del autor

Primera edición en formato epub: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7895-7

Primera edición impresa en México: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7894-0

En la medida en que la imagen o las imágenes de la portada de este libro representen a una persona o personas, tal persona o personas son simplemente modelos, y no se pretende retratar ningún personaje o personajes que aparecen en el libro.

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

CAPÍTULO 1

Julio de 1942

Si hubiera creído que el mundo era plano, las estepas serían la prueba de que la tierra se extiende en una línea infinita y distante hacia un horizonte lejano. En su vastedad se desplegaban ante a mí retazos de pastizales verdes y tallos marrones del trigo invernal cosechado, que ondulaban con las ráfagas del viento. Los campos apenas se veían interrumpidos por la corteza gris de unos cuantos árboles o por las siluetas cúbicas de las granjas que los avances de la *Wehrmacht* habían dejado en pie.

Yo iba en un tren abarrotado, separada del ejército, hacia el Frente oriental, como enfermera voluntaria para la Cruz Roja alemana.

Habían quemado algunos sembradíos y no quedó más que la tierra ennegrecida, pero, así como el sol sale cada mañana, la tierra debía ser labrada por las figuras solitarias de los campesinos, quienes trabajaban con horquilla en mano o con una carreta tirada por caballos, como si los pobres pudieran obligar a la tierra a germinar otra cosecha.

De alguna manera, unos pocos afortunados habían sobrevivido. Quizá la *Wehrmacht* necesitaba a los trabajadores y se servía de la mano de obra esclava para transportar los granos hacia Alemania, o tal vez un oficial nazi «caritativo» les había perdonado la vida.

Era la primera vez que estaba en Rusia, después de que mi familia huyera de Leningrado durante la primera fase del Plan quinquenal en 1929. En aquel entonces yo tenía siete años. Mi padre vio de primera mano la desaparición de quienes no cumplían con las cuotas laborales impuestas por Stalin. Esas personas se desvanecían en la oscuridad y nadie las volvía a ver, porque comúnmente se les enviaba a morir en los campos de trabajo forzado. Mi padre se las había arreglado para reunir el dinero suficiente y mudarnos a Alemania, donde esperaba que tuviéramos una vida mejor. Como los padres de mi madre eran alemanes, nos concedieron la ciudadanía antes del apogeo del nacionalsocialismo.

Sin embargo, después de la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939, la guerra llegó a su clímax, así que, dependiendo de la ubicación del tren, veíamos un paisaje que aún conservaba su belleza en bruto o uno acribillado por el conflicto. En Varsovia presencié la desesperación de los polacos, que les habían entregado a los nazis todo menos su humanidad. En aquella ocasión, con disimulo le di un caramelo a una niña que me ofreció una flor, mientras miraba los muros de ladrillo del gueto que confinaba a tantísimos judíos. Los soldados arreaban a la gente esquelética dentro y fuera de la reja, y la hacían marchar en filas hacia un lugar desconocido. Me insensibilicé ante el horror, pues con los años aprendí que poco podía hacer para luchar contra el Reich.

En aquellos lugares que habían escapado al puño mortal de la guerra —como los espigados abedules que relucían en Prusia Oriental o la extensa estepa rusa que se abría a colinas de suaves prominencias y, en aquel momento, con las ventanas del tren abiertas, las ruedas que repiqueteaban con movimientos rítmicos a lo largo de las vías y el calor de julio que se disipaba al ocultarse el sol— uno casi podía olvidar los problemas de la guerra y fingir que todo estaba bien en el mundo.

Sin embargo, también había otras distracciones en el largo trayecto hacia el Frente. Viajé con una joven llamada Greta, también enfermera voluntaria, de quien sabía poco, más allá de que planeaba, al igual que yo, regresar en algún momento a Múnich.

Como mi padre trabajaba en un área relacionada con la medicina, me interesó el tema, además de que no sabía qué más hacer con mi vida. Había venido a trabajar como enfermera voluntaria después de pasar por la Liga de Muchachas Alemanas. Dar atención médica a los enfermos me dio satisfacción. Cambiar vendas, ayudar a los niños que se cortaban y raspaban, y aprender sobre el cuerpo se convirtió en mi «profesión» en los años posteriores a 1939. Aunque la enfermería me permitió alejarme de mi padre estricto y no ceder ante la presión de casarme y tener hijos de inmediato, como lo exigía el Reich, había una gran desventaja: la Cruz Roja alemana se había convertido en un potente brazo del régimen nazi. Se esperaba que acogiéramos las enseñanzas del Reich sobre la supremacía aria y que siguiéramos a Hitler ciegamente, cosas que desde mi inocencia ignoré en obra y pensamiento. La rigurosidad de mi padre me había infundido, de manera inadvertida, una tensión ansiosa que alimentaba mi timidez natural. Pero algo más fuerte también bullía dentro de mí: el ansia de ser libre, de ser dueña de mí misma, una rebeldía en ciernes.

Una noche, Greta me ofreció un cigarro mientras leía mi libro de biología en nuestra estrecha habitación. El libro era poco estimulante, pero reunía las semillas de conocimiento que esperaba me ayudaran a garantizar una carrera médica como mujer en el nacionalsocialismo.

Como yo no fumaba, rechacé su oferta. Los cigarros no eran baratos y a menudo se vendían en el mercado negro. Me pregunté en dónde los habría conseguido. Las mujeres «buenas» no debían fumar, pero una de las razones por las que muchas se convertían en enfermeras voluntarias era porque ofrecía la libertad ocasional de liberarse de tales restricciones. Casi todos los cigarros eran para los soldados. Greta también sujetaba una botella con un líquido transparente. La etiqueta roja, impresa en polaco, decía «Wódka». Cuando le quitó el tapón, el olor penetrante y medicinal de la bebida inundó el lugar.

Aparentaba más años de los que tenía. Las incipientes líneas de expresión de su ceño fruncido y sus cutículas mordidas me hicieron pensar que no había tenido una vida feliz. Quizás eran

signos de ansiedad por la guerra, o por la vida en general, pero no podía ser mucho mayor que mis veinte años. De todas formas, se embellecía de una manera que tenía como objetivo a los hombres que viajaban con nosotras.

Se sentó en el asiento frente al mío, en sentido contrario al movimiento del tren, que corría por la vasta planicie. Encendió su cigarro y una nube de humo se precipitó sobre mi cara, pero se dispersó con rapidez por la ventana abierta. Cerré mi libro.

—¿Has hablado con alguno de ellos? —Estiró el pulgar derecho sobre su hombro y posó el codo izquierdo en el borde de la ventana, manteniendo el extremo encendido del cigarro cerca de la abertura. La chispa roja resplandecía en el viento que corría a toda velocidad.

—Con algunos —contesté—. Trato de no conocerlos tanto.

No tenía intenciones de alentar relaciones amorosas con los militares o médicos del ejército. Iba al Frente a trabajar, no a conseguir esposo. Después de todo, y siendo fatalista, me preguntaba cuánto tiempo sobreviviría algún novio potencial en estos tiempos funestos. La guerra en el Frente oriental solo se alargaba más y más, pese a las declaraciones de victoria del Reich. Sería agradable si un hombre me abrazara o dejara saborear sus labios sobre los míos, pero una relación parecía de importancia secundaria al considerar la manera en que los hombres estaban muriendo por el Reich.

Greta le dio una calada a su cigarro, tomó un trago de vodka y después me ofreció la botella. Bajé la persiana de la puerta de nuestro compartimento.

—¿De dónde sacaste este contrabando?

—Una dama nunca revela sus secretos. —Greta sonrió irónicamente y sus uñas tamborilearon en la botella—. Algunos son muy guapos, incluso los rusos. ¿Qué pasó con todos aquellos discursos sobre la pureza racial que nos tuvimos que tragar? ¿Natalya *Petrovich*? ¿Alexander *Schmorell*?

Su pregunta me molestó. Yo era de origen ruso, vivía en Alemania y mis padres nunca me permitieron olvidarlo. Conocíamos los rumores sobre los *Untermensch*, los subhumanos, pero la mayoría de los rusos que no eran judíos podía vivir como ciu-

dadanos en Alemania, en especial los ya asimilados. En el Reich una no tenía muchas opciones más allá de obedecer; sin embargo, estaba orgullosa de viajar a mi país natal en lo que consideraba una misión altruista. Empiné la botella y la fuerte bebida me quemó la garganta, sentí que en mi estómago se formaba una bola de fuego.

—Ahora todos somos alemanes. Echa un vistazo a mis papeles. El Reich necesita hombres... y enfermeras.

Después de lo que había sucedido con mis amigos judíos cuando los nazis ascendieron al poder, no quería saber nada de la creación de un nuevo orden racial en el este; la sola idea me repugnaba. Todo lo que me importaba era salvar vidas, y si la compasión se extendía hacia mis compatriotas rusos, que así fuera. Por supuesto, en realidad ignoraba lo que me deparaba el futuro.

Ella se encogió de hombros ante mi desplante y continuó soñando despierta con los hombres.

—Es difícil elegir a uno de ellos —dijo mirando mi boca fruncida después de otro trago de licor.

—No es el mejor vodka que he probado —dije, aunque mi experiencia con la bebida era limitada.

—Uno de ellos es ruso, él mismo me lo dijo. Alexander. Es guapo... —le dio una calada a su cigarro, que se había consumido hasta las puntas de sus dedos antes de tiempo, por la velocidad del tren, y lo tiró por la ventana—, pero la mujer con la que viaja es una verdadera belleza. —Se abanicó la cara con la mano.

Tomé otro sorbo de vodka y me invadió un ligero estupor. Bostecé y me estiré en el asiento, que servía como una cama incómoda.

—Ya se puso el sol, tenemos que bajar las persianas opacas.

—Otra noche aburrida sin más compañía que mis sueños —se lamentó ella y se acomodó en el asiento—. Las cosas mejorarán cuando lleguemos al Frente.

Me pregunté si tendría razón, pues temía que el Frente solo trajera tragedia y miseria. La expectativa de lo que quizás estaba por venir empañaba mi emoción de regresar a Rusia. En secreto, ignoraba si estaba preparada para enfrentarme a lo que podría presenciar. Ahuyenté las imágenes espectrales de los soldados

heridos o muertos y los edificios bombardeados que saturaban mi mente, imágenes mentales reforzadas por la destrucción que vi en Varsovia. Y que no se desvanecían fácilmente.

Después de lo que pareció un viaje interminable por Rusia, los primeros días de agosto llegamos a Viazma, la base de la 252ª División, a la que estaban asignados los hombres. Greta y yo salimos de nuestro vagón para estirar las piernas. Nuestra parada final sería al noroeste, en la ciudad de Gzhatsk, unos 180 kilómetros al oeste de Moscú.

Apenas puse un pie en el piso cuando escuché la estridente música militar. Greta volteó hacia los hombres de los que había hablado.

—Conque ahí están. —Apuntó con discreción adonde estaban ellos, que salían de un vagón más adelante que el de nosotras—. Van todos juntos como una pandilla de ladrones.

Greta los identificó. Hans: alto, de cabello oscuro y con un atractivo perfil de actor de cine, agradable rostro de proporciones perfectas, nariz fina sobre labios sensuales, barbilla ligeramente partida y ojos inquisitivos bajo unas cejas oscuras. Willi: cabello rubio y engominado hacia atrás, a veces el viento le desacomodaba los mechones que le atravesaban la frente; también era guapo, con su cara ovalada y barbilla amplia; de los tres, él parecía ser el más propenso al silencio y a los pensamientos serios. El último era «el ruso», como lo llamaba Greta. Ella había escuchado que otros le decían Alex: alto y desgarbado, con una gran mata de cabello peinada hacia atrás. Parecía ser el que sonreía más, el que llevaba la música por dentro, quien quizá no se tomaba la vida tan en serio como los demás.

Los vi de reojo, más interesada en ponerles nombres a las caras que en cultivar ideas románticas.

No estaba preparada para lo que vi una vez que mis ojos dejaron de mirar a los hombres. Viazma era poco más que los escombros de unas construcciones rodeadas de unos cráteres en la tierra que los bombardeos habían creado. Una iglesia de madera, la única estructura intacta en el lugar, permanecía en pie

sobre una pequeña colina. Nada se movía entre los escombros, con excepción de las tropas alemanas. Me pregunté adónde habría ido toda la vida. ¿Habían matado a la gente y a los animales a su paso?

El sonido de los altavoces que instaló la *Wehrmacht* retumbó en mis oídos. Me alejé del tren y dejé atrás a Greta y a los demás. Me detuve al lado de un hogar calcinado, del que quedaba poco más que vigas quemadas y el marco de una ventana. Un olor a muerte, como de carne podrida, me congestionó la nariz. Di media vuelta, incapaz de soportar el hedor, y descubrí su origen. Adelante de la casa yacía el cadáver en descomposición de un perro. Un enjambre de moscas negras zumbaba a su alrededor. El animal me recordó a un perro abandonado que tuvo que arreglárselas solo, después de que su familia judía desapareciera de Múnich. Durante un tiempo los vecinos se encargaron de él, pero después también desapareció, como la aldea ante mis ojos. Solo quedaba tierra seca en un lugar que un día estuvo lleno de vida.

Después de abordar el tren, camino a Gzhatsk, mi estado de ánimo empeoró a medida que las sombras se extendían por la planicie. Me resultaba difícil creer que la guerra en Rusia ya hubiera durado más de un año y que cientos de miles de hombres, quizás un millón o más, viajaran por esta ruta para tomar Moscú, Leningrado al norte y las ciudades rusas del sur. Greta debió de advertir mi renuencia a hablar porque, aunque compartíamos compartimento, me dejó a solas con mis pensamientos y se dispuso a socializar con las otras dos enfermeras a bordo.

Algo, al principio inexplicable, estaba sucediendo. Cuando desde el tren miré el vasto paisaje, cómo el viento veraniego sacudía los abedules y el sol y la lluvia pintaban los árboles con resplandecientes vetas plateadas, me sentí en armonía con la tierra, con mi patria, entonces resucitaron recuerdos profundos de mi infancia distante. Me sentí presa de una especie de «fiebre rusa», como si me convirtiera en parte de la tierra de Dostoievski, Tolstoi y Pushkin, y dejara atrás a Goethe y Schiller. Algo conmovía mi alma y descubría sentimientos inéditos que me perturbaban a la vez que me emocionaban. Me invadió un vacío eufórico,

un cielo colmado de estrellas aún indefinidas en el espacio, una melancolía atemperada por una esperanza deslumbrante. Un anhelo enterrado en las profundidades de mi ser se removía al recordar cómo era ser una niña en Leningrado, ajena a las preocupaciones de mis padres en torno a Stalin y, después, a Hitler.

Lejos del bullicio en las calles de Múnich, comprendí lo que significaba ser libre de ataduras. Los meandros de los ríos, los prados frondosos y los bosques verdes se desplegaron ante mí. Por primera vez vi lo que Hitler deseaba en su megalomanía perversa, su *Lebensraum*, el territorio que quería para una Alemania y un Reich en expansión constante. Los «subhumanos» se encargarían de la tierra y los arios serían los amos. Pero Hitler y sus secuaces no habían considerado la grandeza y la determinación del espíritu ruso, y una esquirla de esa esencia me pinchó la piel. Aquello jamás me había quedado tan claro como cuando llegamos a Gzhatsk.

La ciudad, al igual que Viazma, estaba en ruinas. Iglesias, tiendas y hogares quedaron destruidos en la ofensiva por subyugar Moscú. El Frente estaba a escasos diez kilómetros y podía escuchar el estallido de los proyectiles. Algunos incluso aterrizaron cerca de Gzhatsk y la tierra retumbó con sus explosiones. La gente que permanecía aquí y no formaba parte de las tropas vagabundeaba por la ciudad destruida, con tierra embarrada en sus harapos y conmoción en la mirada. Mostraban poca emoción cuando pasaban por donde estábamos: éramos unos alemanes bien alimentados camino a un campamento médico en el bosque, a salvo del peligro que representaban las balas y las bombas. Al ver a estas personas, una tristeza intensa e imponente llenó mi corazón.

Durante varios días instalamos más tiendas, nos aseguramos de que nuestros uniformes, delantales y suministros estuvieran desempacados, escuchamos los sermones de los estirados doctores de la *Wehrmacht*, jugamos a las cartas y ofrecimos ayuda al pequeño número de heridos que llegaba del campo de batalla. En la noche, algunos médicos del ejército, incluidos Willi y Alex, hacían que el vodka circulara. Por la cantidad de suspiros y el número excesivo de cigarros que fumaban era claro para mí que

todo el mundo se moría por hacer algo más que sentarse en el campamento. Cuando caía la noche, los proyectiles aterrizaron cerca de la ciudad e iluminaban el bosque con su fulgor explosivo.

El primer camión lleno de heridos llegó una semana después. Todos asumieron sus papeles enseguida, tanto los médicos del ejército como las enfermeras que asistían a los doctores. Un médico me ordenó que ayudara a Alex, quien se inclinaba sobre un hombre que tenía la pierna casi cercenada. Su cabeza colgaba de la camilla y decía palabras que no podía escuchar por las órdenes que se daban a gritos, el sonido metálico de las mesas y los instrumentos médicos, y los gemidos de los heridos. Alex se puso los guantes y el delantal y yo hice lo mismo.

—¿Qué está diciendo? —pregunté.

—Algo sobre matar a Hitler —dijo Alex—. Dice que si pierde su pierna, le disparará al *Führer*. —Se agachó y estudió el torniquete y la extensa herida en la pierna del hombre. El color de las vendas, empapadas de sangre, había cambiado de escarlata a café—. Tengo malas noticias para él. Cuando vuelva en sí, ya no tendrá su pierna izquierda, la metralla casi se la cortó por completo. Solo me queda hacerlo sentir cómodo hasta que el doctor se la cercene.

Me di cuenta de que Alex estaba horrorizado por las heridas del hombre, pero como médico de ejército, trataba de lidiar con la atmósfera de pesadilla de la tienda. La alegría de vivir que corría por sus venas mejoró su estado de ánimo.

—Te llamas Natalya, ¿no?

Asentí. Sus ojos se iluminaron pese a la miseria que nos rodeaba.

—Ve por vendas limpias. Limpiaremos la herida y le pondremos antiséptico. —Estudió el entorno mientras el personal médico corría por la enorme tienda—. Va a pasar un buen rato antes de que un doctor pueda operarlo.

Hans y Greta daban vueltas alrededor de una mesa donde yacía un hombre que sangraba de una herida abierta en el hombro.

Tomé las vendas y regresé a la camilla. El soldado, ya delirante, agarró a Alex de los hombros, tan de cerca que le gritaba al oído. Mi colega le dijo que se callara y lo regresó a su cama

improvisada. Alex trató de calmarlo mientras un camillero le inyectaba una dosis de morfina. Bajo el influjo del fármaco, el soldado se quedó dormido.

Una vez que atendimos a los heridos a nuestro cuidado, Alex y yo nos quitamos la ropa de trabajo, salimos y nos alejamos de la tienda y la conmoción. Se pasó los dedos por su largo cabello, encendió una pipa negra y le dio una calada. El humo se desvaneció como la bruma entre los escasos rayos de sol que penetraban las espesas copas de los árboles.

—Trabajas bien —admitió Alex entre caladas y mientras estiraba sus largas piernas—. ¿Te gustaría seguir como enfermera?

—Tal vez —dije, y me senté en la tierra húmeda bajo un pino. El aire fresco me invadió con su fragancia boscosa, un cambio agradable después del ambiente sofocante y el olor aséptico de aquella tienda congestionada—. Por eso estoy aquí, para descubrirlo. Aprobé el *Abitur* y quizás estudie biología o filosofía en la universidad. —Recogí unas agujas café que se estaban pudriendo y sin pensarlo las arrojé hacia la tienda—. Aquel soldado estaba enloquecido de dolor, pero todos hemos vivido bajo presión los últimos años, con el racionamiento... en condiciones que no podemos controlar...

Alex se sentó a mi lado. El humo de su pipa nos envolvió con un aroma placentero y terroso que me recordó a una fogata otoñal, y además ahuyentaba a los mosquitos.

—Sí, dijo cosas que no debió... palabras por las que podrían ejecutarlo si alguien lo reportara. —Mordió la boquilla de la pipa—. Bueno, si alguien tuviera la necesidad de *traicionarlo*.

«Necesidad de traicionarlo». Sus palabras me impresionaron.

—La guerra lo cambia todo, pese a nuestras reglas y normas —contesté después de asimilar su comentario—. Beber y fumar está prohibido, pero casi todo el mundo lo hace. Greta se maquilla cuando puede. ¿Por qué habríamos de preocuparnos si nos embriagamos un poco o fumamos un cigarro cuando un balazo podría acabar con nuestro siguiente respiro? —Miré hacia la tienda, que las ramas de los pinos oscurecían parcialmente—. Ninguna corte debería condenar a un hombre trastornado por el dolor.